

PRÓLOGO

Es la primera vez que leo la ficción de Gloria Favi. Conozco su trabajo como ensayista, en particular, sus análisis del lenguaje popular en nuestra narrativa. Me enfrento a “Cuentos desde los márgenes” con dicha complicidad literaria y la reafirmo en cada letra y punto de este libro, porque las historias están llenas de amor a la palabra.

Lo notamos en la calidad narrativa de la autora, algunas de las historias son verdaderas tragedias en cuanto a la estructura, anecdotario y drama. Pero Favi también nos representa “el refugio”. Las personas que amamos la lectura y la escritura, tenemos un hogar compartido con quienes gozan del mismo placer. Bien lo vivenciamos en los clubes y talleres literarios. Esos núcleos humanos se transforman en espacios de comunión, amistad, confianza y empatía.

Lo anterior está tratado de manera muy conmovedora en el cuento “Odiando a Lupercio de Argensola”. Una joven profesora de Castellano de gran vocación trabaja en un “liceo de estudiantes desafortunados” (lo que hoy es llamado “vulnerable”). Ella desarrolla procesos de aprendizaje respetuosos y comprensivos con esta adolescencia y niñez abandonada. Instala a Don Quijote

como guía de la aventura hacia la fantasía, el juego, el disfrute de las narraciones y transforma la clase en un refugio.

El humanismo del relato se expresa en algo tan natural e inherente a las personas como es la narración. Asimismo, en el reconocimiento de que la belleza literaria es hogar, complicidad, fraternidad, viaje, recreo y vida. Me pregunto: si esto fuese real ¿Qué sería de esos estudiantes si hubieran seguido con esa profesora? ¿Qué sería de ellos sin dictadura?

En este sentido, no es casual que el protagonismo esté en mujeres que aman las letras: académicas en universidades como Yolanda de “Autopista hacia ninguna parte”, Ester Primavera de “Avenida sin nombre” (que además es poeta), la relatora de “El último diván del poeta”, o la nostálgica Beatrix Kiddo de “Un sendero silencioso”; otra Ester Primavera, de “El Danubio Azul”, es una estudiante de pedagogía con ambiciones literarias que hace clases en un colegio nocturno; Carmen es una extravagante profesora en un colegio católico y conservador; la quijotesca profesora de castellano recién titulada que odia a Lupercio de Argensola; o simplemente una lectora apasionada con la lectura del “Axolotl” de Julio Cortázar (quién no). Ellas transitan tiempos, lugares y vida acompañadas de versos o notas narrativas que llevan instaladas en la memoria y que emergen como quien recuerda canciones al caminar.

En “Axolotl; la seducción del texto en un cuento de Julio Cortázar” gozamos de un ejercicio lúdico interdimensional. Una se siente frente a un infinito de espejos, como lo refleja la frase “Antes, anónimo lector, ahora en un eterno presente y atrapada en la esencialidad de un nombre, Ahora soy un Axolotl...” Es un relato de enorme seducción. Una capa es el cuento de Cortázar que nos hace partícipe de la fascinación por el Axolotl. La lectora, atrapada en las redes del escritor, nos ofrece otro reflejo al transformarse en escritora y somos cómplices de su atracción. El Axolotl es el lugar de la comunión íntima, de la transmigración,

la habitación en que ocurre el acto sensual que conecta a quien escribe con quien lee. El punto donde ocurre la magia. En el viaje de escritura y lectura hay dos ejecutores, ambos desde sus propios lugares se unen en este contexto creado, se tocan, se viven en el espacio sin tiempo. Las dimensiones individuales se diluyen en una nueva, la inventada, en un ciclo renovado cada vez que se lee. Ser un Axolotl es ser Cortázar, es transmigrar a él y hacerlo eterno, la eternidad precaria de lo escrito que acaba cuando acaban los soles o el sol. También es ser Gloria Favi, la escritora y lectora admiradora de Cortázar. Además, es ser una misma. O tú, lector/a, en este ciclo permanente que la lectura revive.

El tiempo en “Cuentos desde los márgenes” se expresa en toda su relatividad física. Instalarse en los bordes que la autora nos propone en sus textos, es entrar a un agujero negro por el que transitamos el tiempo durante el segundo de una interlínea. Viajamos y recorremos las vías de la “Autopista hacia ninguna parte”, la “Avenida sin nombre” y “Un sendero silencioso” y en estos caminos sufrimos saltos temporales como si fuéramos en el Delorean.

Los relatos que nos regala Gloria Favi gozan de alta intensidad narrativa y un amplio anecdotario. Están contadas desde un lugar íntimo, privado y, por supuesto, político. Las vidas de aquella juventud soñadora de las décadas del 60 y 70 están fracturadas por la dictadura. Con esto, la autora nos obliga a un ejercicio de memoria. Cómo no, si nuestra sociedad contemporánea está construida con este dolor a costas por la gran fractura de la historia reciente de Chile. Los personajes nos sitúan en el margen de la distancia: es un dolor integrado, observamos lo que queda, las ruinas y las nuevas construcciones.

Favi nos expone a un presente que es ayer, porque está construido irremediabilmente desde ahí. La relatividad del vértice del “hoy” es una conjugación del pasado. Así lo

observamos de forma determinante en “Autopista hacia ninguna parte”, en que el presente no es más que el punto final de este viaje que incorpora el gran ayer.

Esta mirada sobre lo que nos quedó y lo que terminamos siendo es arrasadora en “El Danubio Azul”, “Un sendero silencioso”, “Odiando a Lupercio Argensola” y “El último diván del poeta”. Es así como la protagonista de éste nos dice: “Tal vez he logrado unir con éxito las partículas inconexas en esta despiadada disolución del tiempo que ha sido mi vida y posiblemente he comprendido que no hay artificios válidos para superar, entre los contornos de luces y sombras, la maestría de una composición fotográfica unida a la fugacidad de los instantes de peligro cuando mi vida ya casi termina”. Los relatos contienen la carga de frustraciones, logros, desilusiones, amores abandonados y otros encontrados. No obstante, la fraternidad y el espíritu siguen en pie: “Estas vacaciones de invierno he sido invitada para el reencuentro con Sara y Amalia luego de quince años de ausencia. Conozco ya los ritos, abrazadas giraremos alocadamente sobre las veredas y no daremos ninguna importancia a los numerosos bocinazos que nos advierten el peligro”.

Gloria Favi nos enfrenta también a distintos tipos de exilio: social, territorial y cultural. Verse obligada a huir del país por razones de sobrevivencia en un contexto político dictatorial no solo implica lo evidente, sino también el abandono de estudios, trabajos y experticias para tener que buscar ocupaciones de salvataje económico aun cuando no se correspondan con la propia formación; es la fractura de relaciones familiares, amorosas y de amistad; constituye el desarraigo los cimientos y, lo que resulta más doloroso, implica aceptar la frustración de los sueños.

También hallamos en los cuentos otros tipos de marginaciones. Carmen, la rebelde profesora, vive con el miedo

constante a quedarse sin trabajo por no pertenecer al círculo conservador y católico del colegio. Desde ese aislamiento se encontrará con otra apartada: una estudiante embarazada que debe rendir exámenes oculta y separada de sus compañeras. Carmen no necesita más información para descubrir la trama de violencia sexual que se esconde “en un oscuro depósito invadido con viejas biblias, baúles y santos quebrados.” El mensaje es claro: la violencia política y la impunidad es sistémica, permea cada rincón social, se instala en la calle, en las casas, en los colegios, en los rincones privados.

“Avenida sin nombre” nos estremece al hacernos presente la permanencia de nuestros muertos, asesinados y torturados en dictadura en contraste con la soberbia de la élite intelectual, egocéntrica y autorreferente. La protagonista, Ester Primavera, es académica y poeta, pero su espíritu no pertenece a este círculo social y se incomoda entre el despliegue de arrogancia y servilismo de los “principiantes” a los “maestros” en su pleitesía patética. En este contexto de exhibicionismo hedonista, Ester necesita respirar y retomará el aire entre manifestantes-fantasmas, antes luchadores sociales, ahora dolientes cargadores de una historia en sus cuerpos torturados y que, aun así, alojan esperanzas.

La autora nos hace patente la oposición de miradas: individualista y colectiva. Resulta inevitable recordar y relacionar este cuento con la marcha permanente de personas muertas en vida y vivas en la muerte en la novela “Sumar” de Diamela Eltit. Llegamos a la misma representación: nuestros dolores sociales corren por las venas de este país, están en las calles, pasan frente a nuestros ojos, permanecen y nuestra cultura centrada en los egos nos encierra para no perturbar el disfrute del placer. Favi nos enrostra: las personas muertas, desaparecidas y torturadas existen. La herida de este país generada por la violenta dictadura nos convive de manera simultánea.

En estos cuentos he encontrado personajes entrañables, no

puedo dejar de mencionar a los de “El Danubio Azul”. Gloria nos regala una historia íntima de amistad y solidaridad, llena de anécdotas de una juventud curiosa, lúdica y rebelde. Al más puro estilo de Puig, la autora nos tiñe la realidad de ficción. El Danubio es el verdadero protagonista, este restaurante - casa - teatro que cobija a una extravagante familia compuesta por Jean, el transformista que administra el lugar, que actúa y recrea películas clásicas junto a Cristóbal, un joven que fue abandonado en esa casa y criado dentro de la familia; la dramática y trágica Rocío, hermana de Jean; y la comprensiva madre que ha sido marginada por el resto de la familia simplemente por aceptar a sus hijos. Ester Primavera, rebelde y apasionada, encaja a la perfección en este hogar. El Danubio representa una cuna de brillo, arte, belleza y libertad. Luego, la autora nos yergue frente a la nueva realidad y con ello nos remueve la aparente seguridad de los cimientos.

Para finalizar, quisiera destacar la riqueza de los textos gracias a la enorme cantidad de referencia literarias y cinematográficas que no sólo acompañan las historias, las reflexiones de los personajes también nutren el entramado y se imbrican en el relato central, para indicarnos que también quienes transitamos por la vida somos protagonistas de épicos relatos.

KARO CP

Santiago, marzo de 2024